

EL BARRIO, EL MERCADO Y EL CUARTEL. TRES MOMENTOS DE LA ENUNCIACIÓN ANTIPOLÍTICA.

Manuel Tufro

Doctorando en Ciencias Sociales
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

La cuestión más amplia que se trata aquí, el proyecto general en el cual se inscribe este trabajo, es la búsqueda de elementos comunes en un cierto número de discursos, así como un rastreo genealógico de los mismos. Estos discursos circulan ampliamente en nuestra sociedad; por comodidad o pereza podríamos simplemente llamarlos “discursos antipolíticos”. Pero esta etiqueta se presta a confusiones: no existen, en efecto, discursos antipolíticos que no sean a su vez políticos. De lo que se trata más bien es de describir un tipo de posicionamiento discursivo, un aparato de enunciación que puede ser, y es, retomado por discursos muy diversos entre sí. La operación básica de esta forma enunciativa consiste en proponer una división discursiva del campo social en dos colectivos: por un lado, un colectivo general que abarca a casi todos los miembros de la sociedad (distintos apelativos han designado a este colectivo general, en los últimos tiempos el más común ha sido “la gente”); por el otro, un colectivo que resulta excluido de esa totalidad: “los políticos”. Esta exclusión funda la unidad del colectivo general. Este esquema ha sido reapropiado y actualizado, en diferentes contextos, por discursos tanto de “izquierda” como de “derecha”, si es que esta distinción se puede seguir sosteniendo en un campo de intercambios discursivos que incluye tanto a partidos políticos como a medios masivos de comunicación y organizaciones sociales cuyos discursos suelen presentar un grado de asistematicidad que impone relativizar las clasificaciones dicotómicas.

Aclarada (¿o no?) la cuestión general, cabe dar un paso más para delimitar el tema específico de este trabajo. Dentro de los discursos que fundan identidades colectivas a través de la exclusión de los políticos, existen algunos que condenan a la mencionada “clase política” pero no reniegan de la actividad política. Es el caso, por ejemplo, de las primeras organizaciones piqueteras (Auyero, 2001). Otros discursos, los que nos interesarán aquí, provocan un desplazamiento que lleva de la condena a los políticos hacia la condena a la política como actividad, en tanto que las prácticas del

propio colectivo son construidas como diferentes de la actividad política, y por eso mismo legítimas, asociadas a un supuesto “bien común”. Desde el punto de vista enunciativo, esto requiere una serie de malabarismos retóricos que tienen como objetivo la construcción de un cierto espacio simbólico, que sería el espacio en el cual se ubica el enunciador, desde el cual habla y del cual extrae su legitimidad. En términos de Maingueneau, estos espacios podrían ser considerados parte de la escenografía de un discurso, considerada ésta como aquel espacio que *“la enunciación instauro progresivamente como su propio dispositivo de habla”* (Maingueneau, 2002 : 13), en estrecha relación con el ethos discursivo y con la construcción de un garante del discurso. Desde el punto de vista de Foucault (1969), se trataría de delimitar el ámbito del cual el hablante extrae su discurso y la legitimidad del mismo, y de considerar cómo ese ámbito es a su vez, en una de sus dimensiones, una construcción discursiva. El objetivo de este trabajo es describir y analizar, a través de un recorrido esquemático, tres de esos espacios, correspondientes a distintos tipos de discursos y diversos momentos de la historia argentina, espacios que, al ser construidos como “no políticos”, permiten al enunciador en cuestión presentar su discurso no como la expresión de un interés particular sino más bien como la encarnación del bien común.

El Barrio, o el borramiento del conflicto en la vida cotidiana

El reclamo por mayor seguridad ha sido, en los últimos años, uno de los temas más moviizantes de la agenda social. Diferentes sectores de la sociedad civil se han organizado para reclamar a las autoridades, pero también para actuar sin esperar las respuestas de los representantes del Estado. Algunas de estas agrupaciones y asociaciones surgidas al calor del reclamo por seguridad se definen a sí mismas, y describen su accionar, como “no político” (ver Tufro, 2006). Y esto es posible, desde el punto de vista enunciativo, porque algunos de los actores que en los últimos años han hecho del reclamo de seguridad su bandera construyen su lugar de enunciación a partir de una doble exclusión. El primer límite es el que divide al “buen vecino” del “delincuente” (Daroqui, 2004). El segundo es aquel que diferencia entre actividades políticas y no políticas. Trataremos de establecer de qué manera un discurso que trata sobre un asunto eminentemente político como lo es la seguridad puede presentarse como “apolítico”.

Muchas de estas asociaciones trabajan sobre una figura territorial específica: el barrio. Éste es construido a partir de una asociación con una serie de valores, prácticas

repetitivas y concepciones identitarias esencialistas. Además, el barrio ocupa un lugar fundamental a la hora de construir un relato sobre la nación:

“Nosotros, a través de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín lo que tratamos es de recuperar lo que en su momento hizo grande a este país, que fue el pequeño lugar que es el barrio, buscar lo mejor que tenemos que es el material humano...somos típico barrio, son barrios con pertenencia propia, con arraigos, con cosas que lo mueven todos los días a saludarse con el vecino, de tener eso, de que sigan las mismas familias viviendo de tanta cantidad de años, por tercera o cuarta o quinta generación en esta zona, eso es lo principal. Cuando vos tenés una esencia puesta en el lugar.” (Presidente de la Asoc. Amigos de la Av. San Martín¹)

El testimonio pertenece al presidente de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín. Se trata de una organización de vecinos y comerciantes de la zona de Paternal reunidos en un principio en torno a la preocupación por la inseguridad, en el año 2002. Luego su actividad se diversificó, y hoy buscan asemejarse, según sus propias palabras, a una “sociedad de fomento” (tema sobre el que volveremos). En el discurso de los miembros de esta agrupación, el barrio pasa a ser un lugar desde el cual es posible extraer legitimidad, por dos razones fundamentales: 1) Porque se trata de un espacio que, a diferencia de la política, no está cruzado por antagonismos, y 2) Porque los valores intrínsecos a la vida barrial funcionarían como una suerte de antídoto contra los vicios de la política. Entonces, hablar desde el barrio no sólo implica enunciar una palabra verdadera, no interesada, sino que también es una oportunidad de empezar a construir otras formas de participación, porque el barrio está más allá (o más acá) de las antinomias políticas:

“En nuestra asociación tenés peronistas, radicales, de izquierda, de derecha, pero nos juntamos con el mismo objetivo que es tratar de cambiar esto, unirnos hacia ese bien... La Asociación es una Sociedad de Fomento, ¿está?, compuesta por diferentes individuos. Esos individuos tienen raza, credo, religión, no se... pensamiento político... tienen todo. Pero todos tienen que ver con el mismo barrio. Cuando vos luchás en el barrio vos no podés formar sectas” (Integrante de la Asoc. De Amigos de la Av. San Martín).

Algunos de los integrantes de esta asociación reconocen que la actividad que llevan adelante es, efectivamente, política:

“(Política es) Lo que estamos haciendo ahora. Siempre se metió en la cabeza de la sociedad que la política es mala. No, la política no es mala. Sin política no se puede hacer nada. Lo que es malo es que uno deje espacio para que otros ocupen” (op. cit.)

Pero este reconocimiento puede darse únicamente luego de haber redefinido el sentido del término “política”, introduciendo ciertas modificaciones y distinciones conceptuales:

“Volver a recuperar la política que es esto. Pero no a través del partido político. A través de la sociedad. La política tiene que ver con el espíritu y las ganas de todo esto, de que queremos buscar algo siempre mejor. Esa es la política. Es el disertar... es lo que nos pasa en nuestra asociación, te estoy diciendo que hay peronistas, radicales, y vos venís a una reunión nuestra y no vas a encontrar gritos, no vas a encontrar nada, porque no hablamos de política partidaria. El significado de cada uno de nosotros, cuando está en la reunión, en la comisión, no se habla de los peronistas o lo radicales, hablamos del barrio, es el bien común que tenemos entre todos. Eso era lo que me inculcaron mis abuelos a mí, que era la Sociedad de Fomento”.
(Presidente de la Asoc. Amigos de la Av. San Martín).

La acción propia sólo puede ser calificada como política a partir de la construcción de una “política no política”, política “de la sociedad” y no “de los políticos”. La política de los políticos es gritos, desunión, interés particular. La política de la sociedad es unirse por el bien común. Este segundo tipo de política, que aparece en este discurso como el único que puede salvar a nuestra sociedad, hoy en día podría encontrarse en el barrio. Ese modelo de acción social es el que ha dado origen, en contextos de migraciones masivas y conflicto intercultural, a asociaciones de proximidad que se alejan del modelo del partido político. Un ejemplo es la mafia, otro es la Sociedad de Fomento. Percibido como una forma de organización cuya dinámica excluye el conflicto y favorece la cooperación, la Sociedad de Fomento es postulada como una alternativa política válida:

“Mirá, yo te voy a decir cómo es. En la Asociación tenés peronistas, tenés radicales, tenés de todo, izquierda, derecha... Pero nosotros cuando estamos en la asociación no hacemos política partidaria.

Hacemos política social. Eso es la Sociedad de Fomento. La Sociedad de Fomento es cuando se juntan los vecinos hacia un mismo fin, que es buscar el bienestar en común. Cuando vos hacés política partidaria estás bajando un concepto de ideología (sic), y dentro de una sociedad está bien que haya varias ideologías, porque es parte de la sociedad. Pero vos no tenés que trabajar ideológicamente hacia cambiar la acción social. La Sociedad de Fomento es eso: buscar gente de diferentes ideologías para buscar el bien en común. La única forma para poder cambiarlo es que, sin partido político, simplemente desde la vocación de servicio de cada uno, nos juntemos buscando un cambio en esta sociedad que tenemos hoy” (Presidente de la Asoc. Amigos de la Av. San Martín)

La idea de llevar el modelo de la Sociedad de Fomento a nivel de la esfera pública, de la política general, forma parte de una trama discursiva que pareciera afirmar que el conflicto es un fenómeno contingente de la vida social y, por lo tanto, eliminable. No es extraño que circulen este tipo de construcciones en los discursos del sentido común, ya que también son moneda corriente en discursos políticos y mediáticos de la más diversa índole. La lucha hegemónica requiere esta mentira, prometer el fin de las antinomias y el antagonismo. Cuando el espacio de lo cotidiano es construido y percibido como una zona “naturalmente” libre de conflictos, se transforma en un lugar de legitimación muy potente para discursos que buscan borrar el antagonismo.

Aquellos actores que hacen de lo cotidiano su espacio simbólico de posicionamiento enunciativo y de legitimación están muy interesados en negar el potencial carácter conflictivo de la vida cotidiana. El conflicto, en forma de robo, secuestro o piquete, es aquello que viene a afectar la cotidianeidad. La idea de “cotidianeidad” como espacio autónomo, separado de las tensiones sociales (el ámbito de lo “privado”) es una intuición que posee mucha fuerza en el sentido común. El barrio es el territorio de la cotidianeidad, y como afirma Ariel Gravano, “*El barrio aparece como un símbolo en contextos donde se intentan destacar determinados valores considerados positivos, como las relaciones primarias, la tradicionalidad, la autenticidad, (...), la solidaridad(...)*” (Gravano, 2003 : 11). Dentro de estos “usos del barrio” en diferentes discursos, hay que agregar entonces dos nuevas modalidades. Por un lado, el barrio se ha transformado en un recurso retórico central en las construcciones mediáticas sobre el delito y la inseguridad, al ser construido como un espacio de cotidianeidad cuya naturaleza no conflictiva que se ve amenazado por lo que viene de

afuera (Martini, 2002); pero, además, los valores que están ligados al barrio (autenticidad, solidaridad, etc.) lo transforman en lo contrario de la política. El valor de autenticidad que se asigna a lo barrial, al entrar en colisión con representaciones que asocian a la política con la mentira y la desunión, resulta en la construcción de un lugar simbólico que es postulado como un espacio de producción de enunciados verdaderos.

El Mercado, o la crítica económica de la política

Cuando en diciembre de 2001 la frase “que se vayan todos” comenzó a circular con una fuerza inusitada, pareció que por fin toda la sociedad podía encolumnarse detrás de una consigna. Esto se desvaneció al poco tiempo, cuando se hizo evidente el carácter de significante vacío (Laclau, 1996) que tenía esta frase. Representaba una totalidad y una unión imposible, y era llenado con contenidos muy disímiles desde distintos sectores. Los ahorristas estafados podían escudarse en esa consigna, y también podían hacerlo los sectores más concentrados del capital financiero que desde tiempo atrás venían responsabilizando, a través de sus voceros, a “la política” por los problemas que las políticas neoliberales de estabilización comenzaban a evidenciar. Como afirma Ricardo Sidicaro, *“La lucha ideológica sobre los denominados ‘costos de la política’ fue impulsada por una articulación informal de personas e instituciones, que por su naturaleza no tiene un nombre oficial, pero que desempeña funciones de un verdadero partido político (...) Este actor etéreo, pero para nada desinteresado, ha constituido en los años recientes un singular Partido de los Negocios con estrechas conexiones con los actores socioeconómicos predominantes (...) Es coherente con sus prácticas pensar, como lo sostienen sus intelectuales y voceros, que el Estado es un gasto, que la política es un costo y que la educación, la ciencia y la cultura no son rentables.”* (Sidicaro, 2001 : 99-100, 107). Como veremos, el objetivo de culpabilizar a la política por la crisis conlleva la necesidad de construirla no solamente como un costo, sino asociada a otros rasgos negativos. A su vez, hace necesaria la postulación de un lugar de verdad desde el cual condenar a la política.

El diario “Ambito Financiero” no esperó a los estallidos del 19 y 20 de diciembre para señalar a los culpables de la debacle. Desde varios meses atrás, cuando se veían venir las horas finales del Plan de Convertibilidad, el matutino dirigido entonces por Julio Ramos comenzó a recurrir con mayor asiduidad a elementos

antipolíticos para la construcción de un adversario. La estrategia era claramente echar las culpas de la crisis sobre la clase política, salvando de esta manera a las medidas económicas que desde una década atrás se venían aplicando, y que habían sido auspiciadas y apoyadas por el diario.

La construcción que “Ambito Financiero” hacía de la política por aquellos días se basaba en la utilización de diferentes lugares comunes. En otro trabajo (Tufro, 2004) hemos caracterizado los rasgos de un enunciador que construye su ethos a partir de la división del mundo según tres ejes. El primero es el que enfrentaba a los que “saben” con los que “no saben”. El enunciador se coloca en un lugar de saber, como intérprete o traductor del discurso de los técnicos especialistas. Del lado del no saber quedan los políticos:

“...casi todos los políticos actuales, de cualquier partido, privilegian sus intereses y sus cavernarias ideas de política estatista y ‘social’ sobre la base del déficit como medio para gobernar.” (Ámbito Financiero, 6-12-2001, p.2)

Un segundo eje es el que divide lo “serio” de lo “poco serio”:

“Este cambio resuelto más con criterio político que económico por el Parlamento será un chasco más...(24-12-2001, p. 2)

“¿Convocarían al que realmente sabe del tema, el radical Ricardo López Murphy, impolítico para actuar pero acertado cuando quiso imponer seriedad precisamente para evitar lo que hoy vivimos? (6-12-2001, tapa)

donde nuevamente la política queda del lado de los “poco serio” y el saber impolítico y técnico del lado de la seriedad. Como si estos dos ejes no hubieran sido lo suficientemente explícitos, un tercer eje divide directamente a la realidad entre lo “político” y lo “no político”. Este eje aparece nítidamente en los fragmentos que comentan los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001:

“No eran militantes, no eran activistas. No había dirigentes. Eran ahorristas preocupados, futuros jubilados angustiados porque el

dinero de las AFJP se transformó en bonos, amas de casa sobrepasadas porque no saben si hoy podrán hacer las compras...”
(20-12-2001, p. 6)

“... la mayoría de las calles del microcentro se convirtieron en peatonales por las que transitaban manifestantes, activistas, pero sobre todo, ciudadanos enfurecidos.” (21-12-2001, p. 6)

Aquí el enunciador busca producir una separación entre los militantes, “los politizados”, y el resto, “la gente”, presentados como aquellos que realizan actividades normales (cotidianas, diríamos) y que tienen intereses justos, casi todos ellos vinculados a actividades que involucran al dinero.

A partir de un enunciador que construye su ethos asociándose con los valores del saber, lo serio y lo no político, la política aparece construida como objeto de discurso a través de una serie de operaciones que describiremos a continuación. En primer lugar, se postula una separación tajante entre política y economía, y se establece una particular relación entre ambas:

“La economía sigue a la política, y si la segunda es débil es inevitable que la primera fracase” (21-12-2001, p. 25)

“Controvertida salida política que tampoco ayudará a la economía”
(24-12-2001, tapa)

Además de considerar a la política y a la economía como dos ámbitos de la realidad claramente distinguibles, se postula una relación de agente (política) – paciente (economía), en donde ésta última sufre el impacto de la política. En un contexto de crisis, esto permite a la economía (y, por contigüidad, a ciertos actores que son “económicos” y no políticos) deslindar responsabilidades. Además se establece un orden de prioridades entre ambas, una debe adecuarse a la otra:

“Posible reforma constitucional para adecuar el Estado y la política a una economía de austeridad...” (20-12-2001, tapa)

En esta partición entre política y economía, la causa de la crisis queda claramente del lado de la primera. La metáfora de la raíz expresa claramente este punto de vista:

“La raíz de los problemas de la Argentina está en el campo de la política...” (4-12-2001, tapa)

“La raíz de la crisis es política y fiscal” (4-12-2001, p. 13)

La política aparece también ligada a intereses oscuros, a actividades casi inconfesables, del orden del secreto e inclusive el delito:

“...los conjurados para esta cuestionables salida política...” (24-12-2001, tapa)

“Hay un claro activismo político de sectores que hasta hace poco participaban del gobierno nacional, colaborando con delincuentes reconocidos que aprovechan la grave situación imperante” (20-12-2001, p. 7)

Los políticos, por su parte, son contruidos a partir de su asociación con una serie de características negativas:

“Los políticos siguen moviéndose, tramando, como si la crisis económica no existiera” (14-12-2001, p.2)

“La democracia desde los ´80 aumentó los costos del Estado, favoreció la demagogia de los políticos y terminó con hiperinflación y saqueos.” (20-12-2001, tapa).

“Cuanto menor riesgo moral, mayora variedad y calidad de los intercambios. Nuestros políticos eligen lo contrario: restringir los negocios e incumplir las leyes y las promesas solemnes” (5-12-2001, p. 16).

“Los políticos son capaces, una vez más, de anteponer sus intereses personales a los de la Nación” (26-12-2001, p.2)

Como representantes de la mentira, la demagogia, los intereses faccionales y enemigos del bien común, los políticos no solamente son los culpables de la crisis, sino que, por momentos, pasan a asumir un lugar muy semejante al que ocupa el contradestinatario en el dispositivo enunciativo del discurso político (Verón, 1987). La descalificación a los políticos queda cifrada en la metáfora de la ceguera:

“Los comentarios en estos feriados religiosos coinciden en que la Argentina tiene mala suerte o es ya incurable la ceguera de sus políticos” (26-12-2001, tapa)

“La consecuencia de esta miopía de los políticos es un gobierno provisorio que nació débil” (26-12-2001, p.2)

Vemos entonces que los políticos aparecen reiteradamente asociados a tópicos negativos, hasta el punto de transformarse en un verdadero adversario del enunciador, el cual recurre de forma permanente a un discurso de tipo argumentativo y polémico, rayano en la descalificación.

Ahora bien, este enunciador que asocia a la política con lo poco serio, con la falta de saber, con los intereses oscuros y faccionales, también construye un cierto espacio desde el cual extraer legitimidad y saber. Tratándose de un matutino, se podría suponer que el enunciador buscaría su legitimidad en la construcción de un espacio relacionado con el periodismo y la objetividad para legitimar su palabra. Sin embargo no aparecen menciones a alguna escenografía de este tipo. Más bien, el enunciador, ubicado como se dijo en un lugar de saber, se transforma en una suerte de intermediario entre un “gran público” que necesita ser informado y ciertos círculos que detentan el conocimiento necesario:

*“Por eso el viernes *Ámbito Financiero* consideró que era necesario y legítimo informarle al gran público...” (7-12-2001, tapa)*

“El público que llenó los bancos ese día al enterarse (...) fue ese público más simple (...) Pero tenían derecho también a saber” (7-12-2001, p.2)

El lugar del enunciador es el de un intérprete o traductor del discurso de los especialistas y los organismos financieros. Es un intermediario entre el público y el lugar del cual emerge la verdad: el mercado.

“El mercado actúa con la seriedad que no tiene el gobierno. Por caso, operar entre \$ 1,08 (compra) y \$ 1,10 (venta) equivale a una devaluación del 10% que es lo que tendría que devaluar el gobierno...” (7-12-2001, tapa)

El mercado es el espacio simbólico del cual puede surgir lo serio, es el lugar donde se encuentra el saber. Y esto porque es un lugar no político. Michel Foucault (1979) observa que, a partir del siglo XVIII, comienza a delinear una nueva idea de mercado. Aparece relacionado, en primer lugar, con un funcionamiento espontáneo y natural. Por otro lado, cuando esos mecanismos espontáneos pueden funcionar sin intrusiones extrañas (es decir, sin que el Estado intervenga) llevan naturalmente a la formación de los precios “buenos”, “naturales”, “normales”, precios verdaderos. Pero, además, esos precios “reales” develados por el mercado van a permitir establecer el límite entre prácticas gubernamentales correctas y erróneas. El mercado pasa a ser un lugar de verificación y falsación de las prácticas gubernamentales. En este sentido, el mercado va a decir la verdad acerca de aquel que gobierna. Este es el discurso clásico del liberalismo. Según Foucault, lo que el neoliberalismo agrega es la idea de que este mercado, este conjunto de mecanismos de veridicción, no puede funcionar por sí solo, naturalmente. Librado a su propia suerte, el mercado se vería constantemente amenazado por el intervencionismo. La respuesta que da el neoliberalismo es la siguiente: el Estado debe intervenir en todas las esferas necesarias como para garantizar que el mercado funcione correctamente. Hay que gobernar para el mercado. Esa y no otra es la postura y el programa político de *Ámbito Financiero*. Los políticos, que no entienden esto, son cavernarios. Y es que el mercado se ubica, nuevamente, como un más acá de la política, como algo anterior y más fundamental que las disputas políticas y los intereses facciosos. El cacerolazo es legítimo cuando aparece como la expresión de ahorristas y jubilados preocupados por el futuro de la AFJP, pero no cuando se movilizan militantes y “activistas”.

Podemos ver que en cierto momento de la historia argentina, momento que tuvo su punto culminante hace no muchos años, el mercado aparecía como un espacio simbólico capaz de legitimar a un enunciador en sus intentos por despegarse de la política. Ese espacio, el mercado, espacio serio y responsable, se ve constantemente amenazado por la política. Luego de la debacle del 2001, la idea de que este espacio produzca enunciados verdaderos ha pasado a segundo plano. Es posible que este eclipse sea momentáneo, pues se trata de un recurso central para la constitución simbólica de actores muy poderosos.

El Cuartel, o el animal político que llegó de afuera

Buceando en la historia política argentina, es posible encontrar otros contextos específicos en los cuales la organización del campo político favoreció la aparición de discursos con elementos antipolíticos. Estos momentos son muchos; sin duda las intervenciones militares y sus distintos discursos legitimadores no ocupan un lugar menor en esta historia. Sin embargo, resulta curioso constatar que aquel que fuera quizás el más político de los políticos argentinos haya recurrido a estrategias de tipo antipolíticas, sobre todo en el momento en que tuvo que instalarse dentro del campo político.

Nos referimos a Juan Domingo Perón, y a una serie de rasgos de su discurso, en especial de su dispositivo enunciativo, que han sido descriptos por Silvia Sigal y Eliseo Verón (Sigal y Verón, 1982 y 1986). Releyendo estos importantes trabajos encontramos que entre los años 1943 y 1946 Perón traza en sus discursos públicos una serie de distinciones semejantes a las que ya hemos observado en el apartado anterior:

“Ha terminado la época en que los políticos ponían al Ejército frente al pueblo. Hoy, el Ejército y el pueblo marchan en la misma dirección y por el mismo camino” (discurso del 10/8/44, en Sigal y Verón 1982 : 167)

“No permitan que dentro de las agrupaciones se introduzca la política, que es el germen más disolvente de todas las organizaciones obreras (...) La política y las ideologías extrañas que suelen ensombrecer a las masas, son como bombas de tiempo, listas para estallar y llevar la destrucción al gremio, que no debe ocuparse de cuestiones ajenas a sus intereses y sus necesidades” (discurso del 25/6/44, en op. cit.: 1982:175)

La actividad política es construida en términos similares a la manera en que los hacen los dos ejemplos anteriores: como un elemento de desunión, ligada a intereses oscuros y como la antítesis de la unidad y el bien común. La construcción que el discurso de Perón hacía de los políticos en aquella época tampoco se alejaba mucho del modelo que hemos visto:

“Políticos oscuros que se intuyen desplazados definitivamente del escenario nacional, están agazapados, planean e impulsan todo un movimiento de resistencia” (discurso del 25/8/45, en op. cit. :189)

Sorprende encontrar esta construcción en el discurso de uno de los pilares de la política argentina del siglo XX. Sin embargo, esta construcción negativa de la política por parte del enunciador “Perón” es coherente con una estrategia que, a pesar de todas las diferencias y salvando las distancias históricas, tiene puntos de contacto con la estrategia del discurso neoliberal antes analizado. En ambos casos, se trata de actores recién llegados a la arena política. En tanto novatos, arribistas, carecen de capital político, y es por eso que su estrategia consistirá en negar el valor de dicho capital. Deben presentarse como externos a la corporación política, negándola como forma de poder penetrar en ella extrayendo su legitimidad desde algún otro lugar. Sigal y Verón describen esta estrategia enunciativa como “el modelo de la llegada”: Perón se presenta en sus primeros discursos como “un recién llegado”, y es alguien que ha llegado desde “otro lado”. ¿Cuál es este otro lugar desde el cual Perón ha llegado? Ese lugar es el cuartel: *“Entre 1943 y 1946, Perón elabora su presencia como una llegada. ¿De dónde viene? ¿A dónde llega? La respuesta es simple: viene del cuartel y llega al Estado. Ese pasaje del cuartel al Estado es, evidentemente, una entrada en la política, pero la transición no será nunca explicitada en esos términos: la política es lo que ha permitido que la patria se deteriore, la política es conflicto”* (Sigal y Verón 1986 : 37). Estos autores observan que el cuartel es un espacio simbólico que ha tenido una larga historia en el campo de los intercambios discursivos políticos en la Argentina. Se trata de una construcción simbólica que remite a un lugar de ciertas características: espacio cerrado, con sus propias leyes, diferentes a las del exterior, lugar de entrenamiento, disciplina, ejercicio de las armas, donde ciertos valores fundamentales se encuentran a resguardo de los avatares del exterior (en especial, de la política):

“...la organización interna del ejército está concebida con un auténtico sentido orgánico-social y es una cátedra ejemplar de disciplina, de camaradería, de patriotismo, de jerarquía y de respeto. Allí no existen ni postergaciones injustificadas ni ascensos inmerecidos”. (discurso del 1/5/44, en Sigal y Verón, 1986 : 40).

La organicidad interna del ejército aparece como la imagen invertida de la fragmentación de la sociedad exterior a partir de la acción de los políticos. Esto es lo que da al cuartel su legitimidad como lugar de producción de enunciados válidos en el campo político. Porque si, como afirman Sigal y Verón, *“Ser un soldado en el cuartel es no estar en ninguna parte”* (op. cit : 38), entonces hablar desde el cuartel es hablar desde ningún lado, en el sentido de ubicarse en un espacio objetivo, sin intereses facciosos, un lugar de enunciación “no marcado”. Porque, desde el cuartel, el soldado observa atentamente lo que ocurre en la sociedad exterior. Y la barrera que separa al cuartel del exterior no es impermeable, sino que tiene una cierta porosidad: deja pasar algunas cosas, y otras no:

“El ejército no abandonó sus cuarteles movido por un sentimiento de ambición. Fue el clamor de la calle, del taller y del campo el que llegó hasta ellos...(discurso del 1/5/44, en Sigal y Verón : 39).

De esta manera, lo que llega a oídos del soldado es el clamor una cierta inquietud. Y lo que no llega, a juzgar por la pureza que presentan quienes llegan provenientes del cuartel, son las ideas políticas, los intereses oscuros enemigos del bien común que la política encarna. Este tipo de afirmación se desmiente a sí misma no solamente a través de los golpes de Estado, sino también a través de la constante preocupación por parte de sectores del ejército ante la amenaza de que las ideas políticas penetren en el cuartel, problematización insistente desde los tiempos del primer gobierno de Yrigoyen en adelante. Es decir, la pureza del Ejército, como la del mercado, no es algo que se logra naturalmente, sino que hay que estar en guardia y luchar por ella. La calle, el taller, el campo, son entidades simbólicas y abstractas que tienen el mismo estatuto del cuartel, y que ponen de manifiesto la visión que Perón tenía de la sociedad: una visión que lo acercaba al corporativismo, negando la importancia de la política partidaria.

De hecho lo que hace Perón en la época en que irrumpe en la política argentina al recurrir al cuartel como espacio simbólico de enunciación es buscar herramientas en el lugar que él conocía mejor: el discurso militar. Como era de esperarse, es allí donde hay que ir a buscar este modelo del cuartel, que tiene su origen a principios de siglo con la reforma del ejército. La “profesionalización” que surge a partir de las reformas estructurales en las Fuerzas Armadas y de la promulgación de la ley del servicio militar

obligatorio en 1901 van a crear un ejército que se va a transformar en “*un organismo independiente del poder político que no admite intromisiones externas (...) La profesionalización dio así al nuevo ejército una consistencia y una libertad de maniobra desconocidas anteriormente y que constituyen los gérmenes del poder militar*” (Rouquié, 1978 : 100). La ley 4707 promulgada en 1905 prohibía a los oficiales con mando de tropa la participación en actividades políticas (Potash, 1969 : 26). Estas transformaciones suponen la búsqueda intencional de una institución prescindente en relación a la política, en parte también como reacción a la participación de muchos oficiales en las asonadas revolucionarias del radicalismo.

La genealogía de la figura del cuartel como espacio simbólico autónomo podrá ser objeto de un futuro trabajo. Sin embargo, hay que señalar que estos cambios que se producen a principios de siglo son los que en pocos años van a generar un discurso militar con ciertas características. En estos rasgos que señala Rouquié (espíritu de cuerpo y conciencia de una misión superior que los coloca por encima del resto de la ciudadanía) comenzarán a ser articulados por los militares en sus discursos como “*elementos de un mesianismo que es el motor del activismo militar*” (Rouquié, op. cit. : 84-85).

El derrocamiento de Yrigoyen en 1930 supone un primer momento de auge de este mesianismo militar que extrae del cuartel una supuesta pureza que le permitiría intervenir en política sin hacer política. El modelo corporativista que intentó imponer sin éxito Uriburu se basaba en el reemplazo de la representación política partidaria y de los políticos profesionales “de comité” por una serie de instancias en las cuales estaría representadas las profesiones y otros estamentos de la sociedad, a la manera del fascismo italiano:

“Cuando los representantes del pueblo dejen de ser meramente representantes de comités políticos y ocupen las bancas del Congreso obreros, ganaderos, agricultores, profesionales, industriales, etc., la democracia habrá llegado a ser entre nosotros algo más que una bella palabra.” (Discurso de Uriburu el 1/10/31, citado en Rouquié, op. cit. : 227).

Nuevamente, la constitución de los políticos en adversarios permite al discurso militar desplazar los conflictos sociales de todo tipo a un solo gran conflicto: la sociedad contra los políticos. En Uriburu y los nacionalistas que lo acompañaban encontramos la idea

del cuartel como modelo de la organización de la sociedad años antes de que Perón utilizara el mismo recurso: un Estado-cuartel jerarquizado, disciplinado, ordenado, y donde todos tiran para el mismo lado. Esto tuvo repercusiones complejas en las Fuerzas Armadas, donde se comenzaron a alzar voces en contra de la participación del ejército en la política, aunque fuera para aniquilarla. El mismo Perón, quien había participado en el movimiento golpista que llevó a Uriburu al poder, consideraba poco después que la política estaba entrando al cuartel y eso hacía daño a las Fuerzas Armadas (cfr. Potash, op. cit : 119). Sin embargo, años después utilizará recursos retóricos y enunciativos similares para legitimar su entrada en el campo de la política.

CONCLUSIONES

Estos tres grupos de discursos movilizan ciertos significantes con los cuales no es posible estar en desacuerdo: bien común, seguridad, unidad, etc. Sin embargo, hoy como siempre cualquier proyecto político se juega en su mayor parte en el *cómo*, en las formas y las medidas necesarias para alcanzar ciertos objetivos que, en principio, serían compartidos por gran parte de la población.

“Ideológicamente yo no puedo hablar cuando tengo una reunión de comisión de peronismo o de radicalismo, porque entraríamos en una antinomia que no construiríamos hacia el barrio, hacia la sociedad de fomento que tenemos que construir. La única forma de poder es mirar la necesidad. Hay una biblioteca, peronistas, radicales, todos los que estamos, vamos a luchar por la biblioteca. ¿Qué hace falta? Rampas para discapacitados, vamos a luchar por eso. Radicales y peronistas. La diferencia es la acción social. No hay otra. Yo por lo menos... que alguien venga y me demuestre que hay otra forma. Yo no la creo. Hoy pongo las manos en el fuego, no creo que haya otra solución que la acción social, de la cultura, de la salud, de la educación, de todo eso que a veces parece un discurso, pero no hay otra. Me parece que nadie puede venir a decir no a la salud, no a la educación, no a nada. Y las herramientas para poder llegar a eso no son muchas. No hay otra (...) Cuando vos hacés política partidaria estás bajando un concepto de

ideología (sic), y dentro de una sociedad está bien que haya varias ideologías, porque es parte de la sociedad. Pero vos no tenés que trabajar ideológicamente hacia cambiar la acción social. La Sociedad de Fomento es eso: buscar gente de diferentes ideologías para buscar el bien en común.” (Integrante de la Asoc. de Amigos de la Avenida San Martín).

En este fragmento, en el discurso de este entrevistado, resuena, sesenta años después, la idea de “vaciamiento del campo político” que Sigal y Verón observaron en los discursos de Perón:

“La unidad nacional no significa la unidad de todos los habitantes de la Nación a la sombra de una sola bandera política. ¡Tal vez esto sea contrario a la unidad nacional! En cambio, la unidad nacional es la coincidencia fundamental de todos en orden a los principios esenciales que deben orientar la marcha de la nación” (discurso del 1/5/50, en Sigal y Verón, 1982:182).

Las estrategias oscilan sutilmente entre una antipolítica que exige el fin del sistema político y su reemplazo por otra forma de toma de decisiones y distribución de recursos (en el discurso neoliberal de *Ámbito Financiero*, y también en ciertos momentos del discurso de Perón entre 1943 y 1946) y una estrategia “apolítica” que reconoce el derecho a existir de las ideologías y los agrupamientos políticos, pero los vacía de contenido al proclamar que hay un nivel más fundamental de unidad al cual han que recurrir a la hora de tomar decisiones importantes. Este es el caso del Perón de los años '50 y de los vecinos de la Av. San Martín. Es la idea de que, al fin y al cabo, hay una sola manera de hacer las cosas. Y si la política no está solamente en el “qué”, sino fundamentalmente en el “cómo”, a ésta idea subyace una concepción que, llevada al extremo, implicaría el fin de la esfera pública y de la política tal como la conocíamos hasta hace algunos años. Se asemeja más a las exigencias de las técnicas de gobierno de tipo administrativas que se han vuelto hegemónicas en los últimos tiempos, que sólo pueden funcionar (y mal) en un contexto de ausencia de cualquier clase de discusión.

La construcción enunciativa del propio lugar, del “nosotros”, llevada a cabo a partir de la incorporación de elementos discursivos antipolíticos, tiene como efecto de

sentido lograr que el antagonismo entre clases o grupos sociales quede ocluido y desplazado hacia un único gran conflicto que pone frente a frente, por un lado, a los políticos (y sus intereses) y, por el otro, a la sociedad, entendida como un todo homogéneo. En este proceso, la condena no recae solamente sobre ciertos sujetos (la “clase política”) sino que termina por arrastrar a la política como práctica, identificada con el conflicto y la desunión.

Este posicionamiento enunciativo particular necesita de un espacio en el cual el enunciado pueda ubicarse, un espacio propio desde el cual producir y legitimar sus discursos. Hemos visto de qué forma en tres contextos históricos diferentes, tres conjuntos de discursos acudieron a sendas figuras para construir este espacio: el cuartel, el mercado, el barrio. Construidos como lugares homogéneos a través de operaciones retóricas y de prácticas que buscan excluir lo extraño y lo sospechoso, se presentan como zonas libres de conflictos y por lo tanto como una base segura para trabajar sobre el “bien común”, la “solidaridad” u otros significantes vacíos que carecen de definición operativa. Estos espacios emergen como como lugares de legitimación a partir de una cierta experiencia, la de ser vecino, la de ser “gente”; la del soldado, aislado en el cuartel de las influencias externas; la del mercado, produciendo preciso justos. Y esta experiencia es sinónimo de verdad. Michel Foucault (1978) afirma que, en las sociedades occidentales, la verdad se forma en ciertos lugares privilegiados. La ciencia es uno de ellos, las prácticas judiciales son otras. Estos espacios definen tipos de subjetividad y formas de saber. A manera de hipótesis, sería interesante analizar en qué medida, en ciertos momentos de la historia argentina, el cuartel, el mercado y el barrio funcionaron o funcionan como espacios de producción de enunciados verdaderos: de la misma forma en que el soldado, antes, y luego el intérprete de los mercados, hoy el vecino es el que tiene razón porque habla desde el lugar de “vecino”, y no tiene ningún interés espurio.

Tres momentos muy diferentes de la historia argentina, tres conjuntos de discursos insertos en contextos disímiles y que sin embargo comparten ciertas características a la hora de legitimar el valor de verdad de sus palabra. Son discursos que trazan un límite entre prácticas políticas y no políticas, construyen un enunciador que se inserta en un espacio no político y por eso sus palabras deben ser consideradas como enunciados verdaderos. A pesar de todas las diferencias que podríamos encontrar entre estos tres conjuntos de discursos, a todos subyacen la idea de que existe un bien común, y que la política es lo contrario de esa unidad que el bien común reclama.

Resulta interesante contrastar discursos del sentido común, como el de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín, con discursos que han tenido una gran circulación en los medios masivos durante los '90 (como la tuvo la prédica neoliberal) o, yendo aún más atrás, discursos supuestamente no políticos que sin embargo resultan centrales en la historia política argentina, como el discurso militar de la prescindencia. Este contraste nos puede dar indicios importantes acerca de las formas en que se elabora, a lo largo de la historia, como fruto de disputas sedimentadas, el sentido común.

BIBLIOGRAFIA

Auyero, Javier (2001): *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas.

Daroqui, Alicia (2004): "Una lectura sobre la 'clase media militante de la seguridad'", en en revista electrónica *Argumentos* nº 4, octubre de 2004. Disponible en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/hemeroteca/Argumentos/n04/articulos/daroqui.pdf>

Foucault, Michel (1969): *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1997.

Foucault, Michel (1978): *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 2003.

Foucault, Michel (1979): *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France, 1978-1979*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004.

Gravano, Ariel (2003): *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*, Buenos Aires, Espacio editorial.

Maingueneau, Dominique (2002): "Problemas de ethos", en revista *Pratiques* num. 113/114, junio de 2002, pp. 55-67, traducción de María Eugenia Contursi.

Martini, Stella (2002): "Agendas policiales de los medios en la Argentina: la exclusión como un hecho natural", en Gayol, S. Y Kessler, G. (comps.), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial / Universidad Nacional de General Sarmiento.

Potash, Robert (1969): *El ejército y la política en la Argentina. Tomo I: 1928-1945, de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986.

Rouquié, Alain (1978) : *Poder militar y sociedad política en la Argentina, tomo 1: hasta 1943*, Buenos Aires, Emecé, 1981.

Sidicaro, Ricardo (2001): *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (1982): "Perón: discurso político e ideología", en Rouquié, Alain (comp.), *Argentina, hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (1986): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

Tufró, Manuel (2004): *La construcción de la política en la prensa económica. El caso de Ámbito Financiero*, tesina de Licenciatura de la carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Tufró, Manuel (2006): "Antipolítica, inseguridad y vida cotidiana. El desplazamiento del conflicto en el sentido común", ponencia presentada en las X Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, San Juan, octubre de 2006.

Verón, Eliseo (1987): "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en AAVV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette.

ⁱ Las entrevistas con los integrantes de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín fueron realizadas por el autor entre septiembre de 2005 y mayo de 2006.